



El proceso de la globalización y la sociedad del rendimiento

Sergio Alejandro Molina Coutiño¹

Universidad Autónoma de Chiapas

checovaiven@gmail.com

Eslóganes como “*Just do it*”, “*you only live once*”, “*yes we can*”, o películas como “*Say yes*”, delatan, bajo el análisis de Han, un *exceso de positividad* dentro de una *sociedad de rendimiento*. Los eslóganes que utilizan las industrias de ropa, comida, deportes, cine... alimentan un desbordamiento de “positividad”. Referirnos a ese término no significa que no existan acciones violentas hacia nosotros, sino que tal *exceso de positividad* es el que ahora nos enferma.

Dicho exceso nos sigue a todas partes: vamos en el transporte o estamos en casa solos con nuestro *Yo y*, sin embargo, sentimos la necesidad de revisar Facebook, Instagram, Twitter, etc.; espacios llenos de información. Con ellos nos hacemos todólogos, nos sobresaturamos de información, pero esta sobreinformación, esta exigencia autoproclamada hacia nosotros mismos es lo que provoca, por ejemplo, la depresión. En palabras de Han: “el hombre depresivo es aquel *animal laborans* que se explota a sí mismo, a saber: voluntariamente, sin coacción externa”; alguien sometido a un “imperativo del rendimiento” (2012, p. 19, las cursivas son del autor).

El análisis planteado por Byung-Chul Han se basa en el estudio de las enfermedades que cada época presenta: inmunológicas y neuronales. Las primeras se corresponden con el siglo XX y las segundas con el XXI. La enfermedad

¹ Estudiante de séptimo semestre de la Licenciatura en Filosofía, Facultad de Humanidades, Campus VI, Universidad Autónoma de Chiapas.



inmunológica, en un sentido general, se identifica por la dicotomía adentro-afuera, amigo-enemigo, propio-extraño, etc. “Aun cuando el extraño no tenga ninguna intención hostil, incluso cuando de él no parta ningún peligro, será eliminado a causa de su *otredad*” (2012, p. 8, las cursivas son del autor). La *otredad* y lo extraño es lo que prevalecerá en el sentir de toda la sociedad pasada, pues el extraño se tiene que repeler, expulsar, de ahí la negatividad de esta sociedad. La negatividad se da a partir de negar al otro.

En el caso de la segunda enfermedad, la neuronal, se elimina el otro y surge lo *idéntico* y, con ello, lo exótico. Ya no existe la dicotomía propio-extraño, ahora se presenta, de cierta manera, un sentido empático:

A la diferencia le falta, por decirlo así, el aguijón de la extrañeza, que provocaría una violenta reacción inmunitaria. También la extrañeza se reduce a una fórmula de consumo. Lo extraño se sustituye por lo exótico y el *turista* lo recorre (2012, pp. 8-9, las cursivas son del autor).

Al eliminar lo extraño, la *otredad* se sobrepone con un sentimiento empático, esto nos hace pensar cómo funciona la violencia en el caso de una sociedad de rendimiento que muestra empatía y, al parecer, tener empatía es un signo de cancelación de cualquier tipo de violencia. Pero la violencia sucede, precisamente, en el exceso de la positividad.

Hay un exceso de lo idéntico, y por este mismo exceso, ya no nos atormentamos por el otro; no es necesario ya un sistema que nos proteja, no necesitamos más un sistema inmunológico. Pero ¿cómo se da esta transición? La transición se da por una situación específica: el fin de la guerra fría. Pero este suceso, claro está, no fue una varita mágica que nos lleve a entender que en el año, mes y día exacto en que terminó la guerra transitamos de una sociedad



inmunológica a una neuronal; por el contrario, este momento se entiende como un proceso que tuvo que vivir la humanidad.

LA GLOBALIZACIÓN COMO CAUSA DE LA MUTACIÓN A UNA SOCIEDAD DE RENDIMIENTO

Después de la caída del muro de Berlín, la caída anunciada del bloque socialista en Europa junto con la fragmentación que sufrió la URSS, el *mundo de occidente* sufre un cambio de paradigma. Cabe aclarar que Han nunca utiliza la categoría “mundo occidental” para referirse a la sociedad; para él pareciera que la sociedad se universalizó, se unificó en una sola, y da por hecho la inexistencia del obrero oprimido; este obrero que no se violenta voluntariamente a sí mismo, sino que es violentado por una fuerza exterior a él. Pero por ahora no toca profundizar sobre ello, pues esta crítica la haremos al finalizar.

Con el fin de la segunda guerra mundial y la guerra fría, se acomodó el mundo, hablando sobre todo de los términos de poder político, económico y militar. Con estos dos momentos históricos se generó la posibilidad de que Estados Unidos se impusiera como capitán del barco del orden geopolítico global; se crea la Unión Europea (UE) y la Organización de las Naciones Unidas (ONU). De este modo, es casi imposible sostener un argumento en defensa de quienes piensan que aun vivimos en un sistema inmunológico. Según Han:

El paradigma inmunológico no es compatible con el proceso de globalización. La otredad que suscitara una reacción inmunitaria se opondría a un proceso de disolución de fronteras. El mundo inmunológicamente organizado tiene una topología particular. Está marcado por límites, cruces y umbrales, por vallas, zanjas y muros. Esto impide el proceso de cambio e intercambio universal (2012, p. 10).



Antes de los dos sucesos históricos mencionados, había en el mundo occidental una profunda marcación de patrias, de naciones: en nombre de la patria toda sangre derramada era de héroes. Una dicotomía clara entre lo extraño-propio que perduró durante la Guerra Fría era precisamente la lucha entre socialismo-capitalismo. Se capturaba, se torturaba, se mataba, se desaparecía, se *expulsaba*, se *negaba*. Se hacía la guerra a la *otredad*.

En el *proceso de globalización actual* todo vale mientras haya *producción*. El caso, por ejemplo, de la frase “Hasta la victoria siempre” ya no tiene un valor político negativo, sino que su valor ahora se basa en su *producción* como producto y, de ello, su valor positivo. Vemos en dondequiera la estampa de la imagen de Ernesto Guevara: en una playera, en un medio de transporte público, su natalicio en el buscador de Google, o una fotografía de él en un comercial de Coca-Cola. La consigna política se convirtió en un slogan, en un producto más de la sociedad positiva.

El proyecto panfletario y mercantil del <<*yes we can*>> se vuelca sobre la sociedad occidental. Todo, después de la guerra fría, se convierte en anuncios *positivos* en masa, en exceso, sin control alguno, sin un sistema *inmunológico* que haga frente a esta carga de positividad. Ante la llegada del otro ya no se trata de eliminarlo, se le trata como *idéntico*. En la inmediatez, no parece existir violencia en lo *idéntico*. Han aclara que “la violencia de la positividad no presupone ninguna enemistad. Se despliega precisamente en una sociedad permisiva y pacífica” (2012, p. 14).





MÁS ALLÁ DEL MUNDO OCCIDENTAL

La idea de sociedad positiva, como mencioné anteriormente, está cruzada por una perspectiva bastante occidental, incluso podría decir también privilegiada; sin embargo, esto no quiere decir que no tenga puntos compartidos con Han. El análisis contempla a la sociedad de las grandes urbes y a todo aquel sujeto privilegiado, sea de grandes ciudades o de provincias de algún país “en vías de desarrollo”. Esas donde existe un exceso de positividad, donde parece existir un mayor grado de libertad. En palabras de Han:

el sujeto de rendimiento se abandona a la *libertad obligada* o a la *libre obligación* de maximizar el rendimiento. El exceso de trabajo y rendimiento se agudiza y se convierte en auto explotación. Esta es mucho más eficaz que la explotación por otros, pues va acompañada de un sentimiento de libertad [...] Las enfermedades psíquicas de la sociedad de rendimiento constituyen precisamente las manifestaciones patológicas de esta libertad paradójica (2012, p. 20, las cursivas son del autor).

34

Me pregunto si un campesino o una campesina de la región Frailesca o de los Altos de Chiapas, después de pisar su frijol, vaya a consumir un sinnúmero de productos occidentales; o un obrero, varón o mujer, de las fábricas de Apple, quiera vivir, por su voluntad, en auto explotación –aunque se entiende que, según Han, la paradoja de la libertad consiste en que la auto-explotación no es voluntaria, sino aceptada como algo, en cierta forma, inevitable–. Pero la respuesta es: ¡No! Esto no pasa en todos lados, aún existe una violencia y no un simple exceso de positividad; la otredad, al menos en espacios como Latinoamérica en general y México en particular, aún persiste, es constantemente señalada. Podemos acomodar el proceso de la globalización como queramos, pero no bastará para dar una descripción de una sociedad aparentemente universal que anule por completo a la otredad.





Las industrias de las potencias de occidente emigraron y dejaron sus oficinas, sus Wall Street, llenos de neuróticos, el trabajo blando, en París, Berlín, Londres, Nueva York, California, y lo que emigro fue lo “barato”, pero también el trabajo pesado; lo que no permiten en sus países lo fueron a hacer en países “subdesarrollados”. La guerra con el otro persiste, pero la llevaron a campos ocultos, olvidados, a campos de la otredad que nadie quiere ver por su “depresión”, por el ensimismamiento provocado por la enfermedad neuronal.

Referencia bibliográfica

Han, B.-Ch. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.